

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# Un regalo de San Valentín para la Princesa

Érase una vez un joven príncipe que quería hacer un regalo de San Valentín a la princesita del reino vecino. Era una hermosa princesa con una sonrisa tan brillante como sus cabellos dorados, y un amor tan profundo como sus ojos azules.

—¿Qué debería regalarle a la princesa para el Día de San Valentín? —preguntó el príncipe.

—Un corazón, Alteza, ¡nada más que un corazón servirá! —respondió un sabio de la corte.

—Un corazón amoroso, Alteza, nada más que un corazón amoroso servirá —dijeron las damas de la corte.

—Un corazón invaluable, Alteza, nada más que un corazón invaluable servirá —dijo el consejero de la corte.

Entonces el príncipe salió en busca de un hermoso corazón invaluable para regalarle a la princesita en el Día de San Valentín. Sólo que no sabía dónde encontrarlo. Poco después, se cruzó con una joyería llena de joyas preciosas y hermosas. Había pendientes, collares y



brazaletes hechos de plata y oro, un conjunto de rubíes, zafiros, esmeraldas y diamantes.

“Este es el lugar correcto para encontrar el regalo de San Valentín para la princesita”, pensó el príncipe; y



eligió un corazón de diamantes que colgó de una cadena de oro que la princesa podría llevar alrededor del cuello.

El príncipe le dio una bolsa llena de oro al joyero y salió de la tienda con el corazón de diamantes en la mano.

Pero en la puerta se detuvo y miró el corazón. El diamante

ya no brillaba, sino que se había vuelto opaco. Se preguntó qué pasaba. Entonces recordó lo que le había dicho el consejero. No era el regalo adecuado para la princesa porque no tenía un valor incalculable. Lo había comprado con una bolsa de oro. Así que el príncipe devolvió el regalo al joyero y siguió su camino.

Al cabo de un rato, el príncipe se topó con una panadería. Las vitrinas estaban llenas de deliciosos dulces, pasteles con mermelada, pasteles de fresa, pasteles helados y magdalenas. En el escaparate vio una tarta gigante con forma de corazón. Estaba ricamente decorada y tenía un aspecto precioso.

“¡Este es el lugar correcto para encontrar el regalo de San Valentín para la princesita!”, pensó el príncipe, y

señaló la gran tarta en forma de corazón que había en el escaparate.

—¿Cuánto cuesta ese pastel? —le preguntó al pastelero.

—Ah, esa tarta no está a la venta —respondió el pastelero—. La hice como decoración para San Valentín, pero estaría encantado de regalársela, Alteza.



El príncipe, encantado, dio las gracias al pastelero y salió de la tienda con el pastel.

“Este debe ser el regalo perfecto, porque yo no podría comprarlo”, pensó. Entonces, al príncipe casi se le cae el pastel; pesaba tanto que ya no podía levantarlo. Se preguntó qué pasaba. Entonces recordó que ése no podía ser el regalo adecuado para la princesa, porque un corazón que se puede comer no es amoroso. El príncipe devolvió el pastel al pastelero y siguió su camino.

Caminó kilómetros y kilómetros hasta que se topó con un vendedor de pájaros al borde de la carretera. El hombre tenía pájaros pequeños, dorados y de colores brillantes en jaulas verdes. Todos cantaban muy alto, pero uno de ellos lo hacía con tanta pureza y ternura que encantó al príncipe. Se trataba de una pequeña paloma que estaba tímidamente posada en un rincón de su jaula. Al príncipe le pareció la paloma más hermosa



que había visto: blanca como la nieve y con las patas de color rojo rosado.

—¿Cómo es que ese pajarito canta mucho mejor que los demás? —preguntó el príncipe, señalando a la pequeña paloma blanca.



El vendedor de pájaros sonrió.

—Eso es por su corazón. Todos los demás pájaros cantan al sol, pero mira — dijo el vendedor de pájaros, y levantó la jaula de la paloma—, ella es

ciega. Canta en la oscuridad con su amoroso corazón.

—¿Puedo comprártela? —preguntó el príncipe—. Me gustaría dársela como regalo de San Valentín a la princesita.

—Oh, te la regalaré —dijo el vendedor de pájaros—. Hay poca gente que quiera cuidar de un pájaro ciego.

Pero la princesita lo hizo con amor. La pequeña paloma blanca le pareció el mejor regalo de San Valentín. Colgó la jaula en el lugar más bonito del jardín y a menudo invitaba al príncipe a escuchar con ella el canto de la paloma.

